

presupuestos en que se decidió la suerte del gabinete. El Sr. Dauphin había presentado el 21 de marzo en la Cámara los presupuestos de 1888. Los gastos, 58 millones más crecidos que los del año corriente, arrojaban un total de 3.253 millones. Como los ingresos sólo estaban presupuestados en 2.935 millones, el ministro se veía obligado á arbitrar 133 millones, que pedía á nuevos impuestos, y los 182 millones necesarios para un equilibrio al menos aparente, que esperaba de un empréstito con amortización y reconstitución del capital. La Cámara era poco favorable á toda clase de empréstitos.

El 2 de abril, Rouvier había pedido á la Asamblea que se eligiese la Comisión de presupuestos, no en las secciones por escrutinio uninominal, sino en sesión pública y por escrutinio de lista. La proposición había sido acogida por 274 votos contra 249, y la Comisión, nombrada en estas condiciones, no contuvo más que miembros de la izquierda, aunque todos de una competencia incontestable. Apenas constituida, eligió presidente á Rouvier; empezó á examinar el proyecto de Dauphin, y por unanimidad se mostró opuesta á las combinaciones financieras del ministro, á los impuestos y al empréstito. Las Cámaras suspendieron sus sesiones el 5 de abril; la Comisión continuó celebrando las suyas hasta el 8; antes de separarse para las vacaciones de Pascua, invitó al gobierno á que aprovecharse el interregno parlamentario para buscar en los diversos departamentos ministeriales las economías posibles. Ello era tanto más difícil cuanto que, después de las economías ya realizadas, ciertos artículos del presupuesto no podían reducirse más y ni la Comisión ni la Cámara admitían que se tocara á ciertos otros.

Al reanudarse la legislatura, que tuvo efecto el 10 de mayo, Dauphin había logrado, sin embargo, encontrar nueve millones de economía en Guerra, millón y medio en Hacienda, un millón en Obras públicas, otro millón en los Protectorados y 200.000 francos en el Interior. La Comisión declaró insuficientes estas economías y reclamó otras. El presidente del Consejo le escribió que el gobierno estudiaría las que la Comisión propusiese ó fuesen indicadas por los ponentes especiales de cada ministerio. La Comisión, estimando que el procedimiento recomendado por Goblet trocaba los papeles, que tocaba al gobierno y no á ella indicar los servicios públicos cuyos créditos podían ser reducidos sin peligro para la buena administración, decidió por una gran mayoría someter á la Cámara un proyecto de resolución así concebido: «La Cámara, considerando que las economías introducidas en el presupuesto de 1888 son insuficientes, invita al gobierno á que le someta nuevas proposiciones.» En el fondo, el disentimiento financiero no era más que un pretexto; era una cuestión política la que iba á decidirse en la sesión del 17 de mayo.

El ponente de la Comisión, Camilo Pelletán, había motivado sus conclusiones con una moderación y una deferencia para con el gabinete que este temible adversario no había empleado con ninguno de los gobiernos anteriores. En la discusión guardó hábilmente la misma reserva, y se limitó, como Rouvier, á poner de manifiesto que la cifra de los gastos en el presupuesto de 1888 era superior á la del presupuesto de 1887. Ello era la evidencia, pero no era la cuestión, y ésta tam-

co fué abordada por el ministro de Hacienda, que se mantuvo en el terreno muy circunscrito de la carta de Goblet, declarándose dispuesto á estudiar las nuevas proposiciones de la Comisión. La verdadera discusión no empezó sino con el presidente del Consejo, quien rasgó los velos, dispuso las tinieblas y planteó claramente la cuestión de confianza. Seis órdenes del día fueron presentadas en forma de enmienda al proyecto de la Comisión. El gobierno aceptó la de Anatolio de la Forge, así concebida: «La Cámara, contando con el patriotismo del gobierno y de la Comisión, afirmando de nuevo la necesidad de una política de economías y esperando del acuerdo del gobierno y de la Comisión el equilibrio real de los presupuestos, pasa á la orden del día.» A fin de disipar las últimas dudas, Goblet volvió á subir á la tribuna y planteó así la cuestión: «La Comisión ¿quiere buscar las economías, de acuerdo con el gobierno, ó no quiere?» El gobierno, contestó Rouvier, acaba de declarar que no puede comprometerse de antemano á operar una reducción de 30 millones, que á esto se reduce la cuestión, en los 1.500 millones de gastos que quedan en el presupuesto, no contando más que la parte reducible. La Cámara apreciará, pero al menos no habrá duda ni error en su decisión.

Su decisión fué, en efecto, muy clara y terminante. La orden del día de Anatolio de la Forge fué desechada por 275 votos contra 257. Julio Ferry, Reynal, Spuller, Meline, con 54 de sus colegas de la unión de las izquierdas, habían unido sus votos á los de los diputados de la derecha y de la extrema izquierda contra el gabinete, pero mucho menos contra Goblet que contra el general Boulanger. Proclamada la votación, el presidente del Consejo anunció que el gobierno se desinteresaba de la continuación del debate; las cinco órdenes del día presentadas fueron retiradas por sus autores y la resolución de la comisión fué adoptada por 306 votos contra 133.

Entre este voto y la reconstitución del gabinete, el Consejo de Estado emitió su fallo sobre el recurso de los príncipes eliminados del ejército, el Senado adoptó un recargo temporal de 10 francos sobre los azúcares y la Cámara tomó en consideración una proposición de Martin-Nadaud sobre el derecho de los válidos al trabajo y de los inválidos á las asistencias.

Así sucumbió, después de una existencia de cinco meses y seis días, el ministerio presidido por René Goblet. Desde la elevación de Grevy á la presidencia de la República, ningún gabinete había durado tan poco. Y, sin embargo, ninguno contenía tantos hombres de talento. Pero no todos estaban en su puesto. Más hubiera valido confiar la cartera de Hacienda á un financiero competente que á un magistrado distinguido como Dauphin; y más hubiera valido, sobre todo, poner al frente del ministerio de la Guerra á un soldado modesto y abnegado, que hubiese trabajado sin ruido en pro de la defensa nacional, con más conciencia y menos penacho. Muchos ministros habían desfilado por el hotel de la calle de Saint-Dominique, desde el 4 de septiembre de 1870 hasta el 30 de mayo de 1887: ninguno había tenido el culto de su personalidad en tan alto grado como el general Boulanger, ninguno había mostrado una ambición á la vez tan desmedida y tan cándida, ninguno había hecho uso tan cínicamente de los medios que su cargo ponía á su disposición para

crearse una popularidad malsana. El general que Goblet tenía por compañero en el Consejo de ministros no era impenetrable, y es de extrañar que el jefe del gobierno no hubiese visto, bajo la capa del patriota jactancioso, al vulgar conspirador.

XVIII

Ninguna crisis ministerial duró tanto ni fué tan penosa y confusa como la que medió entre la dimisión de Goblet (17 de mayo) y la constitución del gabinete Rouvier (30 de mayo). Y es que la crisis no existía únicamente en las Cámaras, sino que existía también en el pueblo; es que el desorden no reinaba tan sólo en el espíritu de los hombres políticos, que vacilaban entre su patriotismo y sus intereses, sino que reinaba también en el espíritu de las masas, fluctuante entre sus instintos conservadores y sus aspiraciones reformadoras. Cada cual experimentaba un vago malestar, pero nadie vislumbraba el remedio y lo que se traslucía de las negociaciones entabladas en el Eliseo no era propio para inspirar confianza y seguridad.

Grevy, que no se daba nunca prisa, cuando algún voto de la Cámara le sacaba de la calma majestuosa en que se complacía, no llamó á ningún hombre político hasta el 18 de mayo, y, obedeciendo á invencibles preferencias, dirigióse á Freycinet, quien empezó inmediatamente sus gestiones, consultando á Clemenceau. El orador y jefe de la izquierda radical no negó su concurso, pero puso por condiciones que el gabinete había de tener un programa de reformas y ser radical homogéneo. Estas condiciones no fueron aceptadas por Freycinet, que estaba por la mezcla de elementos radicales y elementos moderados. Tampoco fueron aceptadas por él las condiciones de los oportunistas, á quienes había recurrido, y Freycinet hizo saber á Grevy que, no habiendo podido asegurarse el concurso de la izquierda radical ni de la unión de las izquierdas, renunciaba á continuar las negociaciones.

Indicóse á diferentes hombres para la presidencia del Consejo, después del desestimiento de Freycinet. Durante veinticuatro horas se consideró como seguro un ministerio Duclerc. El 24 de mayo se supo al mismo tiempo que la combinación Duclerc había fracasado y que una combinación Floquet estaba á punto de realizarse. El presidente de la Cámara era partidario de la formación de un gabinete de concentración, del mantenimiento del general Boulanger. No prosperó la idea y Floquet renunció á su vez á formar gobierno.

Súpose entonces con estupor profundo que Grevy había vuelto á llamar á Freycinet. Empeñado éste en su primera combinación, apeló nuevamente á Clemenceau, con quien tampoco pudo entenderse esta vez. Privado del apoyo del jefe de los radicales, Freycinet quedaba en el aire, sin programa y sin más colaborador seguro que el general Boulanger, de quien persistía en no querer separarse. Semejante obstinación determinó la intervención insólita de los grupos republicanos del Senado. Después de una reunión en pleno de las tres izquierdas, los presidentes se avistaron con Freycinet y luego con Grevy, declarando enérgicamente que ningún gabinete en que figurase el general Boulanger obtendría el concurso de la mayoría senatorial. Entonces Freyci-

net declinó definitivamente la misión de formar gabinete.

Los radicales triunfaron, creyendo que después de todos aquellos fracasos había llegado la hora de Clemenceau; pero el llamado al Eliseo fué Rouvier.

Dos veces durante la crisis, el 20 y el 25 de mayo, el Sr. de Mackau, presidente de los dos grupos de la derecha, había visitado espontáneamente á Grevy, dándole á conocer el programa que la derecha acababa de adoptar, programa que se reducía á cuatro artículos: la derecha renunciaba á la oposición sistemática; apoyaría todas las medidas conservadoras y liberales; combatiría todas las medidas antirreligiosas y antisociales; no admitiría empréstitos, ni contribuciones nuevas, pero sería favorable á una política de rigurosa economía. El anuncio de tales disposiciones de la derecha, después de haber fracasado tantas combinaciones, sugirió á Grevy la idea de una combinación nueva, en que la izquierda moderada representase el principal papel y pudiese resistir á las exigencias de la extrema izquierda y de la izquierda radical, estando segura, no de la benevolencia, sino de la neutralidad ó la abstención de los monárquicos.

Rouvier constituyó rápidamente su ministerio con individuos de la izquierda radical, como Heredia, Barbe y Dautresme, que aceptaron respectivamente las carteras de Obras públicas, Agricultura é Industria y Comercio, y con republicanos menos avanzados á quienes fueron confiadas las carteras más importantes: Mazeau en Gracia y Justicia, Flourens en los Negocios extranjeros, Fallieres en el Interior, Barbey en Marina, Spuller en Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes, y el general Ferrón en Guerra. Rouvier se encargó del ministerio de Hacienda y suprimió el de Correos y Telégrafos, cuya dirección fué confiada al consejero de Estado Sr. Coulón.

La constitución del gabinete Rouvier tiene singular importancia en la historia de la presidencia de Grevy. Por primera vez, desde el 30 de enero de 1879, el presidente de la República reemplazaba un ministerio radical por un ministerio compuesto de miembros tan republicanos como sus antecesores, pero que iban á inclinarse un poco más hacia la derecha. En la fracción más avanzada del partido republicano cundió una profunda irritación contra Grevy. Cubierta por el respeto constitucional, esta irritación no se reveló en seguida, pero había de manifestarse á la primera ocasión y, mientras tanto, estalló en rencorosos ataques contra el gabinete, pues los radicales pretendían que era esclavo de la derecha y los boulangéristas afirmaban que vivía bajo la protección de Alemania. Estos ataques eran tan injustos como necios. Rouvier, uno de los hombres más considerables del partido republicano, ex ministro de Gambetta, ex presidente de la comisión de presupuestos, uno de los primeros oradores económicos de la Cámara y su hacendista más notable, fué tratado como un diputado sin mérito alguno, llamado á la jefatura del gobierno por un capricho del poder ejecutivo. Sus compañeros de gabinete fueron presentados como hechuras de Bismarck, y ni Spuller, ni Fallieres, ni Etienne fueron respetados por los Rochefort á los Derouléde.

El 31 de mayo, Rouvier leyó una declaración minis-

terial tan modesta y firme como lo había sido la de Goblet. Como el gabinete anterior había sido derribado por una cuestión de presupuestos, el nuevo presidente ponía al frente de su programa la reforma de los presupuestos mismos, que esperaba realizar por medio de serias economías, por medio de la simplificación de los servicios administrativos y por medio de una represión eficaz del fraude que agota las rentas del Estado. Entre las demás reformas urgentes, Rouvier incluía la revisión de la legislación militar, é indicaba, como cosa llamada á ser objeto de todos sus cuidados, la preparación de la Exposición Universal del Centenario, garantía de los sentimientos pacíficos de Francia y de su política exterior que continuaría siendo digna, prudente y firme. El gabinete esperaba realizar sus propósitos con el concurso del Parlamento. Los Sres. Barodet, en nombre de la extrema izquierda, y Jullien, en nombre de la izquierda radical, indicaron en una interpelación las razones que les impedían prestar su concurso. Después de una breve contestación de Rouvier y del general Ferrón acerca de la ley militar y del servicio de los seminaristas, la orden del día de desconfianza propuesta por los interpelantes fué desechada por 285 votos contra 139, y la orden del día pura y simple, aceptada por el gabinete, reunió 362 votos contra 149.

El gabinete Rouvier se había instalado, pues, sin gran dificultad, después de haber prestado á Francia y á la República el servicio de poner coto al cesarismo, desprendiéndose del general Boulanger. Aunque sostenido todavía por *El Intransigente* y por *La Linterna* y hasta á veces por *La Justicia*, periódico de Clemenceau, el general desalentaba á sus partidarios más sinceros y formales, prestándose á ridículas manifestaciones, como la de la estación de Lyon, en 8 de julio. El gobierno le había conferido el mando del XIII.º cuerpo de ejército, y Boulanger fué á Clermont-Ferrand, residencia de este mando, como víctima y como triunfador. Al tren que lo conducía le fué difícil abrirse paso por la vía obstruida por los patriotas de Deroulède y por los curiosos. Según sus partidarios, con el general se iban la suerte de Francia y la esperanza del desquite.

La prensa radical, no pudiendo tomar siempre la defensa de un político como Boulanger, acusaba al ministerio de haber pactado con la derecha y procuraba enemistarlo con sus pretendidos aliados. Tales tentativas, á las cuales se prestó complacientemente la izquierda radical, en la discusión de la ley de reclutamiento y sobre la cuestión del servicio de los seminaristas, fueron infructuosas, y el 11 de julio los Sres. Tony-Revillón, Pelletán y Laguerre anunciaron una interpelación al gobierno sobre «los manejos clericales y monárquicos.» Los manejos clericales, era la alianza del gabinete con la derecha, con el papa y con la Iglesia. Los manejos monárquicos, era la pretendida connivencia de los ministros con los funcionarios que habían ido á ofrecer sus respetos al conde de París, que veraneaba entonces en Saint-Helier. El gobierno, lejos de estar en connivencia con los funcionarios culpables, los había destituido, lo mismo que á los alcaldes que habían hecho la peregrinación incriminada. Rouvier contestó á los interpelantes que no podía estar contra ellos, miembros de la extrema izquierda, ni contra ninguna otra fracción de la Cámara. Añadió que el verdadero crimen del ga-

binete no consistía en su presencia en el poder, sino en la ausencia del general Boulanger en el consejo de ministros, y afirmó que si el poder civil hubiese retrocedido un paso, estaba perdido. Clemenceau separó su causa de la del general Boulanger, pero dijo que la Cámara, que no había sabido realizar ninguna reforma, era responsable de la inquietante popularidad del general y previno al gabinete que si quería obtener la confianza de la democracia, debía presentar leyes que la derecha se viese obligada á combatir.

En una réplica de un vigor notable, Rouvier se negó á emprender la guerra contra un partido de la representación nacional. El mismo Clemenceau no podría hacerlo, si fuese gobierno. El gabinete del 30 de mayo apelaba á todos los que quisiesen ayudarle á realizar las reformas, á trabajar por la prosperidad del país, á pacificarlo, colocándose en el terreno de las instituciones republicanas. No reclamaba el concurso de la derecha, pero tampoco lo rehusaba y le bastaba contar con la mayoría de los republicanos. «Sed 200 contra nosotros, dijo á Clemenceau, y al instante abandonaremos el poder.» Las declaraciones francas, las contestaciones claras á preguntas capciosas redundan siempre en bien de un ministerio. Contra una orden del día de desconfianza presentada por los Sres. Renato Laffon, Herissón y Menard-Dorian, la Cámara adoptó por 357 votos contra 111 la orden del día pura y simple, reclamada por el ministerio.

El 19 de julio, la interpelación del Sr. Rivet sobre el nombramiento como curapárroco del padre Guillaud, condenado en justicia por los disturbios de Châteaui-lain, tuvo por resultado un voto de confianza al ministro de Cultos, Sr. Spuller, á quien ciertos republicanos trataban ya de clerical, años antes de que proclamase «el espíritu nuevo.» El 27 de junio anterior, la urgencia pedida por Labordere, sobre una proposición de elección del Senado por sufragio universal, había sido desechada después de una intervención de los señores Reynal y Rouvier. Las sesiones de 31 de mayo, 27 de junio, 11 y 19 de julio fueron, pues, las únicas en que se agitó la cuestión política; casi todas las demás fueron consagradas á la discusión de las leyes económicas que el ministerio Rouvier había anunciado en su programa.

Desde el 2 de junio hasta el 23 de julio, fecha de la clausura del Parlamento, la Cámara destinó la mayor parte de sus sesiones á los proyectos de reforma militar presentados por el general Boulanger. En la imposibilidad de abordar de frente toda la legislación militar, la Comisión del ejército estudió los títulos I y II, relativos al servicio de tres años y al reclutamiento de cabos y sargentos. No insistiremos sobre el servicio de tres años que la Cámara había adoptado en 1885; transmitido al Senado á principios de julio, el proyecto de 1887 no había de ser estudiado hasta mucho tiempo después. La discusión del título I había ocupado largas sesiones; el título II, mucho menos importante, fué votado en tres días. El ministro de la Guerra concedía más interés á proyectos más modestos y que pudieron ser aplicados sin demora; hizo votar la organización de la 6.ª división de caballería independiente, el refuerzo de las compañías de infantería con la supresión de las compañías de depósito de 144 regimientos de infantería y de 30 batallones de cazado-

res. Creáronse 18 regimientos suplementarios de infantería territorial. Concediéronse ventajas materiales y se reservaron empleos civiles á los sargentos reenganchados. Votóse en fin la movilización de un cuerpo de ejército del Sudoeste, á pesar de haber sido contestada por Cavaignac la utilidad de esta operación muy onerosa.

Adoptando los presupuestos de Dauphin para 1888, Rouvier logró introducir en ellos una economía de 129 millones, á pesar de renunciar á 100 millones de impuestos proyectados por el mismo Dauphin. Esta reducción de gastos era insuficiente para nivelar los presupuestos y el gobierno reprodujo los proyectos del gabinete anterior relativos á la revisión de la ley sobre los azúcares. La Cámara y el Senado adoptaron el proyecto de ley que elevaba la tarifa legal de rendimiento de la remolacha.

La ley sobre las contribuciones directas, que era preciso votar antes de que se reuniesen las diputaciones provinciales, fué adoptada sin dificultades aunque no sin discusión.

La Cámara desechó un proyecto concerniente al ferrocarril metropolitano de París y dejó de votar, por falta de número de diputados, el día de la clausura, una proposición relativa á las víctimas del 24 de febrero de 1848.

Pocos días después de haber subido al poder, Rouvier tuvo que pronunciarse sobre algunas medidas tomadas *in extremis* por el gabinete anterior, ó sobre gastos hechos fuera de los créditos concedidos en regla.

El antiguo ministro de Marina, almirante Aubé, que deseaba asegurar la defensa de las costas francesas por medio de flotillas de torpederos y de cañoneros de mucho andar, se había excedido de sus créditos en 19 millones. El de Correos y Telégrafos, contra las reglas de ascenso, había nombrado á muchos empleados. El de Comercio é Industria había creado empleos y concedido sueldos sobre los fondos de la Exposición del Centenario. Obligado á hacer revisar ó regularizar aquellas medidas, Rouvier, interpelado acerca del particular, se expresó con mucho tacto, como hombre de gobierno, algo solidario siempre de sus antecesores. Administrador activísimo, reprimió con energía los fraudes fiscales, sin detenerse ante consideraciones de política electoral. Suprimió numerosas administraciones de Hacienda, á medida que ocurrieron vacantes, y nombró una Comisión extraparlamentaria para revisar el régimen de los alcoholes.

La política exterior, durante el ministerio Rouvier, fué dirigida por Flourens, con la misma prudencia que durante el ministerio Goblet. Al ser condenados por el Tribunal supremo de Leipzig varios franceses detenidos en Alemania ó alsacianos afiliados á la Liga de Patriotas, Flourens estimó cuerdo que las circunstancias obligaban á Francia á guardar silencio y á abstenerse de las intervenciones que la Liga reclamaba con algún imperio. En las colonias del Tonkin y de Madagascar, donde continuaba reinando la tranquilidad, se habían obtenido importantes resultados, gracias al enviado extraordinario en Pekín, Sr. Constans, y al residente general, Sr. Le Mery de Villers. El 26 de junio, Constans arrancó á China modificaciones del tratado de comercio de 1886, muy ventajosas para Francia, y,

tres meses después, Le Mire de Villers, rompiendo las relaciones con los hovas, obtuvo en tres días que sometiesen á su aprobación el *exequatur* de los cónsules extranjeros.

Durante el interregno parlamentario, abundaron los manifestos de los diputados, siendo el primero el de Julio Ferry. Hablando en Epinal el 24 de julio, diez días después de la revista militar en que el presidente de la República y el ministro de la Guerra habían sido acogidos con los gritos de: «¡Viva Boulanger!» y «¡Abajo Ferry!» después que varios diputados bonapartistas hubieron confesado cínicamente que habían excitado al general á hacer una segunda edición del golpe de Estado del Dos de diciembre, Julio Ferry anatematizó con indignada elocuencia á los fautores de dictaduras militares y definió con rasgos indelebles el falso patriotismo que no es más que la vergonzosa caricatura del verdadero, el patriotismo que parece tener por programa la división y excitación de unos ciudadanos contra otros; el patriotismo que recluta sus adherentes entre los apocados de la *Commune* y se precipita con ellos tras el carro de un «Saint-Arnaud de café cantante;» el patriotismo de las malas ambiciones y de las vanidades insensatas. Y el gran hombre de Estado terminó su hermoso discurso con esta frase que debiera repetirse á los pueblos cada vez que parecen renacer pasiones que se creían extinguidas: «Para estar preparada, no le basta á una nación tener cañones y soldados; necesita, además y sobre todo, esa gran preparación moral que une á todas las almas y á todos los corazones en la resolución de los comunes sacrificios.»

El 18 de agosto, el presidente del Consejo habló en un banquete con que le obsequió el comercio parisiense, y preguntó á su auditorio, compuesto de hombres prácticos, si la supresión del derecho de consumos no era más urgente que la separación de la Iglesia y el Estado, y si no había de tener sobre la situación de las masas laboriosas un efecto más directo y más profundo; y pasando al terreno político, dijo que el peligro estaba en crear divisiones tan hondas, que ya no sería posible reconstituir la unidad francesa el día en que hubiese necesidad de apelar á todas las fuerzas vivas del país.

Rouvier, deseoso, como Ferry, de mantener la unidad moral de Francia, quería conciliar á todos los ciudadanos en el terreno de las instituciones republicanas. Mientras los jefes de la izquierda moderada se dedicaban á esta obra de unión necesaria, el partido obrero socialista revolucionario, bajo la dirección de Joffrin, publicaba un programa cuyo primer artículo era la lucha de clases; emprendida contra todas las fracciones de la burguesía, esta lucha debía continuar hasta el día del triunfo definitivo de la igualdad política y económica. El partido obrero terminaba aconsejando á la clase proletaria que entrase resueltamente en la vía revolucionaria para acabar con la explotación del hombre por el hombre.

Siguiendo el orden cronológico de las manifestaciones hechas por los representantes de la nación durante el interregno parlamentario, hallamos una carta que el Sr. Lapoutre, diputado por el Norte, dirigía al redactor en jefe del *Temps*, felicitándose de los resultados obtenidos por la derecha republicana y acentuando su ad-

hesión á la política «justa y moderada» de Rouvier. Por el contrario, el duque de Audiffret-Pasquier, en una carta á un amigo, afirmaba su fe monárquica y permanecía fiel á sus principios, que eran «los de los grandes parlamentarios de la Restauración.» Mientras el duque de Audiffret-Pasquier ponderaba á su corresponsal los méritos de la libre discusión, de la publicidad y de la luz, el conde de París se pasaba al cesarismo, y en una *Instrucción* á los representantes del partido monárquico en Francia, se declaraba dispuesto á recibir el poder de un plebiscito. Julio Ferry contestó al conde de París, en un discurso pronunciado en Epinal el 23 de septiembre, poniendo de manifiesto la degeneración del principio monárquico, mostrando al heredero de los Borbones en su evolución hacia el imperialismo, y deduciendo que la lucha no era ya entre la República y la Monarquía, sino entre la República y el poder personal, entre la República y una de las diversas formas de la dictadura, que no son más que la parodia de la Monarquía.

Ferry habló también en Saint-Dié el 2 de octubre, y el programa político que expuso una vez más, fué la última indicación hecha á la opinión pública por el enérgico hombre de Estado antes de ser candidato á la presidencia de la República. Julio Ferry se alzaba contra la pretensión de los diputados de la izquierda radical que no aceptaban la concentración con los oportunistas sino con la condición de que éstos admitieran la supresión inmediata del presupuesto de Cultos y la elección del Senado por sufragio universal. Partidario decidido del Concordato, repitió que la supresión del presupuesto de Cultos provocaría un trastorno general, una irritación de las conciencias, con la cual no debe jugar ningún gobierno serio, y recordó la frase de Gambetta después de la victoria sobre el gobierno del 16 de mayo: «Sólo veo dos cosas que puedan en adelante poner la República en peligro: una guerra europea y la supresión del presupuesto de Cultos.» Y la supresión del Senado, pues su elección por sufragio universal equivalía á su supresión, ¿sería más prudente? ¿Había que exponer las instituciones republicanas á esos cambios bruscos del sufragio universal, que son pasajeros y reparables con tres poderes, pero que serían mortales con una asamblea única y soberana? Ferry reclamaba para la República un gobierno que gobernase, único capaz, en su concepto, de extirpar al cesarismo, de destruir los gérmenes del viejo mal nacional que, dos veces en cien años, entregó el país á la dictadura.

El Consejo municipal de París cometió una violación de la ley, que el ministro del Interior reprimió vigorosamente. El Consejo municipal de la capital había convocado á los delegados de los 36.000 municipios de Francia á un congreso. Su acuerdo fué anulado el 17 de agosto y el Consejo no se atrevió á llevar su proyecto adelante.

El ministro de Instrucción pública elevó las tarifas de los liceos, y esta medida, ventajosa para el Tesoro, fué muy censurada por los partidarios de la segunda enseñanza pública, que le atribuyeron la disminución del efectivo de los liceos.

La influencia de Flourens seguía haciéndose sentir felizmente en los países de Protectorado y en las relaciones con el extranjero. El nuevo régimen aduanero

de Indo-China, resultado del último convenio comercial, fijóse por decreto el 8 de septiembre. La reorganización política y administrativa de la Indo-China francesa se efectuó al mes siguiente con la reunión de todas las posesiones francesas del Extremo Oriente bajo el gobierno de Constans, con un solo presupuesto para los gastos militares, correos y telégrafos.

En una comunicación al embajador de Francia en Constantinopla, Flourens manifestaba su modo de pensar sobre la misión de sir H.-D. Wolff cerca del sultán. La opinión del ministro francés no fué ajena á la resolución tomada por Abdul-Hamid de mantener intacto su dominio sobre Egipto, sin consentir en compartirlo con Inglaterra. Esta consintió, el 24 de octubre, en arreglar con Francia las cuestiones aún pendientes de la neutralidad del canal de Suez, de las Nuevas Hébrides y de las Islas Sotavento. Las concesiones que hizo Flourens al gabinete de Londres fueron censuradas. Cualquiera que sea el convenio relativo á la neutralidad del canal, cualquier beligerante podrá siempre eludirlo ó violarlo, sobre todo si es el más fuerte, y la superioridad marítima de Inglaterra era incontestable. Respecto á las Nuevas Hébrides y á las Islas Sotavento, las concesiones hechas quedaban compensadas por la ventaja de acabar con asuntos de importancia mínima, lo cual permitía al ministerio de Negocios extranjeros estudiar un asunto de mayor trascendencia, como era la unión de Francia, Rusia é Inglaterra, para poner en jaque á la Triple Alianza.

La Tríplíce había llamado la atención de los países á quienes amenazaba con la entrevista de Crispi con Bismarck el 2 de octubre, y esta entrevista se efectuó al mismo tiempo que una nueva alarma, causada una vez más por un incidente de frontera. En los límites del cantón de Raón-l'Étape, en Vexaincourt, dos franceses, en territorio francés, habían sido apuntados y heridos por un guardabosque alemán que tiró sobre ellos desde territorio alemán. Uno de los dos murió de resultas de la herida. El incidente había ocurrido el 24 de septiembre; las excusas del canciller llegaron el 30, y el 7 de octubre se recibió en París una nota de Berlín confirmando las excusas y prometiendo una buena indemnización á la familia de la víctima. Ni un instante se creyó que pudiesen alterarse las relaciones entre Francia y Alemania á consecuencia de este deplorable incidente; Flourens tenía por compañero de gabinete al general Ferrón, y no ya al César en ciernes de los ministerios Freycinet y Goblet.

Después del ensayo de movilización parcial, que tuvo efecto desde el 31 de agosto hasta el 18 de septiembre, y que dió excelentes resultados, el ministro de la Guerra se dedicó sin fanfarronadas á considerables obras de defensa en la frontera de los Alpes, al mismo tiempo que preparaba la formación de regimientos de artillería de plaza y de batallones de cazadores de montaña.

Apenas abierto el Parlamento, Rouvier propuso la conversión del 4 y medio por 100 antiguo y del 4 por 100 que debía asegurar al Estado un recurso suplementario de 165 millones. La discusión de este proyecto ocupó las primeras sesiones de la Cámara. Adoptada por ésta el 3 de noviembre y por el Senado el 7, la ley fué inmediatamente promulgada.

El interés de los demás trabajos legislativos del mes de noviembre: ley sobre la libertad de honras fúnebres, discusiones sobre los agentes comisionados de los ferrocarriles y sobre el sueldo de los maestros de escuela, interpelación sobre la movilización parcial, todo desaparecía ante la intensidad de los diversos sentimientos suscitados por la grave cuestión que podía ser cuestión de vida ó muerte para la República.

Parecía que las vacaciones parlamentarias iban á concluir en calma, cuando sobrevinieron, á principios de octubre, incidentes cuya gravedad no se vió de pronto, pero que habían de tener una influencia considerable en la política interior de Francia y la resonancia más deplorable en el extranjero.

El 7 de octubre cundió la noticia de que el brigadier Caffarel, jefe de Estado mayor general en el ministerio de la Guerra, había cesado en el cargo. La noticia era cierta. Cinco días después, un Consejo de información, reglamentariamente convocado, proponía el retiro forzoso del general de brigada por faltas contra el honor. La opinión pública, siempre recelosa respecto á la defensa nacional y siempre dispuesta á creer en indiscreciones cometidas, en documentos comunicados, en traiciones intentadas si no cometidas, experimentó una viva emoción. Cuando se hubo demostrado que se hallaban en presencia de faltas de delicadeza y no de actos de traición, de faltas contra el honor, como había dicho el Consejo de información, y no de crímenes contra la patria, la política vino á complicarlo y á enconarlo todo.

Caffarel había sido nombrado jefe de Estado mayor por el general Boulanger. Los periódicos que hacían campaña en favor de éste, no contentos con insinuar que el gobierno, al destituir á Caffarel, había querido hacer daño á un adversario político, enviaron sus corresponsales á interrogar al comandante del XIII.º cuerpo de ejército. Con su ligereza acostumbrada, el general Boulanger dijo á todo el mundo que consideraba la sumaria formada contra el jefe de Estado mayor como un manejo dirigido contra él por su sucesor. El gobierno, que no quería tolerar semejante acto de indisciplina, preguntó al general Boulanger si aceptaba la responsabilidad de las palabras que se le atribuían, y, ante la afirmativa, se le impuso treinta días de arresto, castigo benigno, comparado con la falta, pero que provocó, sin embargo, las indignadas protestas de *La Liberté*, *El Intransigente* y el *XIX Siècle*.

La intervención de la prensa había dado vastas proporciones á la cuestión, que cambió completamente de carácter cuando la familia del presidente de la República se encontró complicada en ella. El general Caffarel había sido arrestado al día siguiente de su destitución: la sumaria formada contra él hizo descubrir sus relaciones con una aventurera, la Limouzin, que tenía en la avenida de Wagram una verdadera agencia para el tráfico de condecoraciones y empleos. El secuestro operado en casa de la Limouzin puso desde luego á la policía, y á la justicia después, en posesión de cartas que comprometerían al general conde de Andlau, senador, que logró evadirse, y al Sr. Wilson, ex subsecretario de Hacienda, ex presidente de la comisión de presupuestos y yerno de Grevy desde 1881.

Hacía mucho tiempo que se sospechaba de Wilson.

En 1878, la prensa ya había divulgado sus «flaquezas morales,» como dirá más tarde el Tribunal de apelación de París, pero nadie hubiera dicho que tales flaquezas llegasen á la venta de condecoraciones y empleos, ni que el nombre del jefe del Estado pudiese mezclarse en tan repugnantes asuntos. La correspondencia recogida en la avenida de Wagram no dejaba subsistir duda alguna sobre el particular. En una carta fechada en 1883, Wilson aseguraba á la Limouzin que el presidente de la República y él se interesaban vivamente por el nombramiento del general Thibaudin para el mando de un cuerpo de ejército. Hemos dicho ya en qué condiciones tuvo que separarse Julio Ferry del general Thibaudin, después del viaje de Alfonso XII á París, y qué papel desempeñó Wilson en los incidentes que precedieron la llegada del rey de España á la estación del Norte.

El presidente de la República estaba, pues, enterado, á fines de octubre, de la complicidad de su yerno en el asunto Limouzin-Caffarel. Si entonces hubiese obligado á Wilson á buscar domicilio fuera del Elíseo; si hubiese enviado su dimisión á los presidentes de las Cámaras, porque el primer magistrado de la República no debe ser objeto de la menor sospecha, es casi seguro que la opinión pública se hubiese contentado con aquella satisfacción, y que el partido republicano, en una y otra Cámara, hubiera renovado sin vacilar los poderes del presidente. Pero Grevy, que con frecuencia había dado pruebas de una rara perspicacia en la vida política, se mostró menos clarevidente en la vida privada. Creyó que las cuestiones personales de su yerno no le alcanzaban á él y esperó la reapertura de las Cámaras fijada para el 25 de octubre.

En la primera sesión de la Cámara de diputados, el Sr. Cuneo de Ornanó, de la minoría bonapartista, presentó una proposición para que se nombrase una comisión encargada de abrir una información «sobre el tráfico de empleos y condecoraciones,» proposición que fué aprobada por 338 votos contra 130, y nombróse luego la comisión informadora que no tuvo influencia alguna en los acontecimientos ulteriores.

La atención pública se apartó del Palacio Borbón para fijarse en el Palacio de Justicia, donde el proceso Caffarel-Limouzin había empezado el 7 de noviembre, ante la Sala 10.ª, en medio de una curiosidad febril. Los generales Caffarel y D'Andlau, la Ratazzi y la Limouzin habían sido citados ante el Tribunal de policía correccional. La audiencia del 9 de noviembre fué particularmente fértil en incidentes que produjeron viva sensación. Probóse que el prefecto de policía, Sr. Gragnón, había tenido en sus manos, durante ocho días, el expediente de la causa Caffarel-Limouzin, y, antes de transmitirlo á la justicia, había retirado de él dos cartas de Wilson. Hubo que unir las nuevamente al expediente durante la instrucción, porque la Limouzin, que las sabía de memoria, pidió con la mayor energía su restitución. La opinión se indignó contra la parcialidad del prefecto de policía. La igualdad de los ciudadanos ante la justicia era una mentira, si el yerno del presidente de la República podía escapar á la represión, merced á la complacencia de un funcionario.

Estos sentimientos hicieron explosión en la sesión de la Cámara del 10 de noviembre. Nadie se preguntó